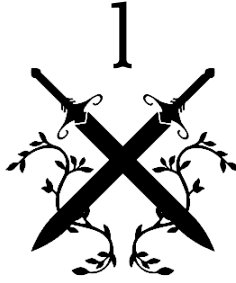


CALLIE HART

Brimstone

Traducido del inglés por Jesús Jiménez Cañada

FAERIS



LOS DIENTES DEL INFIERNO

SAERIS

Aquel vestido estaba hecho para el pecado.
Era negro.
Sin tirantes.

Casi transparente.

El corte del lateral era tan alto que no me permitía llevar ropa interior. La tela se me pegaba al cuerpo como una segunda piel y resplandecía al reflejar la luz, como si hubiese sido confeccionado a partir del mismísimo cielo nocturno. Unos largos guantes del mismo material me cubrían los brazos; parecía que los había sumergido hasta los codos en tinta resplandeciente. Aquello no se parecía en nada a los conjuntitos que Everlayne me había puesto cuando llegué al Palacio de Invierno. Aquello era elegante. Impresionante. Dolorosamente sexi. No reconocí a la mujer que asomaba al espejo de cuerpo entero de mi vestidor... y con razón. Aquella extraña criatura que me devolvía la mirada no era una mujer. Ya no. En su día podría haberlo sido, pero ahora era un híbrido fae-vampiro, tocada por los dioses. Yo seguía siendo la de siempre, y al mismo tiempo no lo era. Puede que la inmortalidad adelgazase a otros, los volviese espigados. En mi caso, lo que había hecho era rellenar las partes de mí que Zilvaren casi había matado de hambre. Ahora tenía los pómulos más redondeados, los labios

«Tus fantasías conmigo pueden hacerse realidad, pequeña Osha. No hay nada en este reino o en otro que no esté dispuesto a darte si así lo deseas. Lo único que tienes que hacer es pedirlo».

No era el momento. Y desde luego, no era el lugar adecuado. Pero... por los santísimos dioses.

«Respira, Saeris».

—Mirad, está ahí inmóvil. Intenta ganar tiempo —murmuró Zovena en la plataforma.

Yo desvié la vista más allá de Fisher y una oleada de nervios me apretó el vientre, pero él me sujetó con ternura la barbilla y me giró el rostro para que lo mirase directamente a él. La tinta que le cubría la garganta se movía enloquecida; las líneas se transformaban y cambiaban por encima del gorjal. Ahora no le quedaba mucho mercurio en el ojo, pero la pequeña cantidad que sí había también se agitaba, creaba formas geométricas y patrones entre el vívido tono verde de su iris.

—No la mires. Mírame a mí. Todo está bien.

Sí, todo estaba bien.

Fisher me soltó la barbilla y giró la mano. Me ofreció la muñeca, y yo ni siquiera me lo pensé. Fue un movimiento instintivo. El calor que vivía en el fondo de mi garganta se convirtió en un infierno rugiente. Le aferré el brazo. Noté un palpito de puro placer en la boca al hundirle los colmillos en la carne.

Profundo.

Muy profundo.

Yo no pretendía...

Me quedé helada, sin comprender el abrumador impulso que sentí de esperar...

—Bebe, Saeris —dijo Fisher con voz áspera.

No.

No, tenía que esperar.

—Por el amor de los putos dioses, bebe —suplicó.

En esos largos y embriagadores instantes, no comprendí que no le estaba arrebatando nada, que le estaba dando algo de mí.

—A ver, ya lo sabíamos —dijo Ren, casi sin aliento—. Pero una cosa es saberlo y otra verlo en persona...

—Verlo en persona es fortísimo —convino Lorreth—. Pero ¿implica eso que los dos vais a...? Ya sabes... —Parecía que le costaba decir las palabras—. ¿Vais a llevar a cabo los ritos? ¿Os vais a casar?

Una ráfaga de adrenalina me subió por la columna. Me aparté de la mesa y me apresuré a bajarme las mangas de la camisa para ocultar la tinta.

—No. No vamos a hacer nada de eso —dije con voz entrecortada—. Saeris no...

La cortina de la entrada se apartó y Danya entró en la habitación hecha una furia.

—¡Ren! Ah, estás aquí. —Sus ojos aterrizaron sobre mí, presos del pánico—. Tenéis que salir, los tres. Algo va mal.

Ren ya se había puesto en pie.

—¿Hay devoradores en el río? —preguntó con la voz pintada de pánico.

Después del decreto de Saeris, todos los devoradores se habían replegado a Ammontraíeth. Se los iba a reunir en una guarnición a más de un kilómetro del Palacio Negro, lejos de la frontera entre Sanasroth y Cahlish.

—No —respondió Danya—. Sí. Bueno..., en realidad no sé qué está pasando. No lo puedo explicar. Será mejor que vengáis a verlo por vosotros mismos. Rápido.



TÍTULOS

SAERIS

Un sepulcro. La Corte de Sangre tenía el mercurio guardado en un puto sepulcro, en uno de los niveles inferiores del palacio. Paseé la vista por aquella oscura necrópolis, intentando no clavar los ojos en las cuencas vacías de los cráneos amontonados que componían las paredes. Me sentí vengada, y al mismo tiempo, me dieron náuseas. La cháchara amortiguada en un rincón de mi cabeza por fin tenía sentido. No me lo había imaginado. Sin embargo, aunque el estanque era pequeño, como me temía, saber que estaba ahí implicaba que yo ya no volvería a experimentar paz alguna. Parecía que tampoco iba a ser capaz de escapar del terrible tamborileo de puro dolor que palpitaba bajo mis runas.

Fisher no parecía tan perturbado como yo habría esperado.

—En realidad no es malo, ¿sabes?

—Ah, ¿no?

—No, Osha. Ya te lo he dicho en la cámara del consejo: esta noche te vienes conmigo a Cahlish. Esto solo significa que nuestro viaje será más sencillo. No tendremos que atravesar esas tierras yermas.

Se tardaba horas en cruzar los campos muertos de Sanasroth. Había devoradores salvajes que habitaban en madrigueras pro-

de que yo no era perfecta. Era como esperar a que cayese el hacha..., y sin embargo, ese momento no llegaba.

—Preciosa —susurró.

—Fisher...

Sus ojos, que estaban fijos en mi barbilla, saltaron hacia los míos.

—No. —Negó con la cabeza—. Deja que lo disfrute. Noto lo que piensas y me niego en redondo.

—Pero...

—Desprecio a los dioses, Saeris. Estoy atado por un pacto en esta tierra, por la sangre de los reyes. Juré que jamás les volvería a dedicar ni una palabra de gratitud, pero por tu culpa he de romper ese juramento. Eres un regalo que no puedo ignorar. Mi corazón...

—Tragó saliva y negó levemente con la cabeza—. He matado a más gente de la que podría llegar a contar. Hace siglos que perdí las partes de mí mismo que sabían sentir algo que no fuese dolor y pena. Para bien o para mal, tú eres quien me ha devuelto la vida.

Su boca se estrelló contra la mía. Yo había calmado el aire de la habitación, pero era Fisher quien calmaba mi alma. Así se sentía alguien en paz. Me ardía el pecho. La garganta. Las orejas. Pegado a las palmas de mis manos, el pulso de Fisher latía. Él me introdujo la lengua entre los dientes y se adueñó de mi boca.

Me puso una mano en la espalda y me apretó contra sí. Soltó todo el aire, tenso, por la nariz. Se le había puesto dura. Todo su cuerpo estaba endurecido. Su pecho era todo músculo apretado. Sus brazos, que me rodeaban con fuerza, eran listones de acero. Y su polla..., yo sentía lo dura que la tenía; se le marcaba bajo los pantalones. La apretó contra mi vientre. Fisher se inclinó hacia mí y echó las caderas hacia delante, con un gemido.

—Tres noches. Tres noches me he pasado dando vueltas en este cuarto, fantaseando con follarte viva, Saeris Fane.

Me pasó la lengua por el cuello y ahogué una exclamación. Los ruidos que profería por su culpa eran casi vergonzosos, pero a mí no me salía sentir vergüenza por ellos.

El nombre me resultaba conocido. Había oído a alguien pronunciarlo hacía poco, ¿verdad? Lo había visto escrito en alguna parte.

—¿Qué le estás haciendo a Layne? —pregunté—. Libera su cuerpo. Deja que se despierte.

Aquel ser, Edina, cerró lentamente los ojos. Cayeron lágrimas por las mejillas de Everlayne.

—E-es-ta... fuera de mi alcance. No soy yo quien... le impide... volver a este cuerpo.

—¿Y dónde está?

La respuesta de Edina se quedó atrapada en la garganta de Everlayne. Apenas podía hablar, pero aquellas palabras parecieron resultarle especialmente difíciles de pronunciar.

—Está en la s-s-sombra. No puedo verla.

—Me estás asustando.

—El miedo no es... real, Saeris Fane —graznó.

Yo retrocedí un paso gigantesco de la cama.

—¿Cómo cojones sabes mi nombre?

—Tienes que i-i-irte.

—No me jodas, ¿tú crees?

—La biblioteca. Ve a la biblioteca —dijo. Sus dientes castañearon aún más—. Allí e-e-encontrarás un l-l-libro.

—Las bibliotecas están llenas de libros —susurré.

Había algo rarísimo en todo aquello, algo antinatural. La verdad, me estaba poniendo de los puñeteros nervios. Sin embargo, una voz en la parte de atrás de mi cabeza me pidió que no saliese corriendo. Era la misma voz que me había dicho que robase el guantelete del guardián. La misma que me había obligado a luchar y a matar a dos de los hombres de Madra a las puertas del Espejismo. No se podía confiar en esa voz, pero yo era un ser de costumbres fijas.

—¿Qué tipo de libro? —pregunté—. ¿Y por qué lo necesitas?

—Es p-p-pequeño —resolló—. Pero gordo. Azul. Hay una mariposa...

—¿Una mariposa? ¿En la cubierta?

terior. Los diseños de los vitrales eran impresionantes, una miríada de colores soldados astutamente para representar algunas de las escenas más intrincadas y hábilmente elaboradas que yo había visto en mi vida. Por otro lado, los propios vampiros altasangre eran dignos de ver. Se parapetaban tras sonrisas crueles, y sus ojos destellaban como cuchillos en la oscuridad, pero sus facciones eran delicadas, su piel inmaculada, sus chaquetas perfectamente compuestas, impolutos sus vestidos de seda y satén.

Lorreth encabezaba la marcha, con los ojos fijos al frente mientras se abría paso entre la multitud. No miraba los cuerpos que se retorcían en cada esquina entenebrecida: las mujeres pintadas, perfectas como muñecas, con la cabeza echada hacia atrás de puro éxtasis, siempre bien vestidas; príncipes nocturnos de cabello como ala de cuervo hundían los dedos en sus entrepiernas y bebían de los huecos en sus cuellos.

Lorreth tampoco prestaba atención a los siseos. Allá por donde pasaba, los altasangre retrocedían y le enseñaban los colmillos. El odio brillaba como fuego en sus ojos, aunque ni uno solo se atrevía a tocarlo.

—Eres muy popular —musité desde las profundidades de mi capucha—. Tiene que ser agradable.

—No tienen ni idea de quién soy —repuso Lorreth—. Lo que perciben es la plata que llevo a la espalda. No les importa nada más.

—Hum. Seguro que no se les escapa el hecho de que seas el único fae de Ammontraíeth.

Lorreth le enseñó los dientes a una vampira altasangre que tuvo el arrojo que bloquearle el paso. Ella soltó una sarta de maldiciones en un lenguaje desconocido y gutural hasta que Lorreth se acercó demasiado, momento en que giró en redondo y desapareció en el interior de un edificio.

—Te sorprenderá saber —dijo Lorreth en tono frívolo, ignorando a la vampira— que aquí hay más fae de lo que piensas.

había sucedido con mis runas, y le conté que Edina había dicho que no estaban selladas. También le hablé de la advertencia de Edina, de su petición de que encontrase su libro en las bibliotecas de Cahlish. A fin de cuentas, Edina me había pedido que no se lo contase a Fisher, pero no había dicho nada de buscar la ayuda de un Lord vampiro. Cuando acabé de hablar, Taladaius rumió aquella información con ojos lejanos. Al cabo, dijo:

—Y Edina habló contigo, ¿no? Tuvo una conversación de verdad contigo.

Asentí.

—Sí. A ver, fue un poco forzada. Parecía que le costaba hablar, pero sí.

—¿No estaba diciendo frases al azar? ¿No parecía que hablase con otra persona que no estaba allí?

—No, no fue así. Estaba hablando conmigo. Se dirigió a mí por mi nombre.

Taladaius se echó hacia atrás y puso la silla en equilibrio sobre las patas traseras. Soltó un silbido.

—Bueno, es preocupante.

—Sí, todo es preocupante, Taladaius.

—Sí, sí, claro. Pero... en este reino hay muchas sombras. Ecos. Recuerdos atrapados que deja una persona cuando muere. Suelen implicar una muerte horrible, pero al menos el alma de la persona trasciende. Las sombras, sin embargo, no son capaces de pensar. No pueden mantener conversaciones con otra gente.

—Hum. Vale.

—Así que la entidad que usaba el cuerpo de Everlayne no era un eco de la madre de Fisher, sino la propia madre.

—Pero eso no puede ser. Eso significaría que su alma lleva aquí desde que murió. Atrapada.

—Vale, pero atrapada no. Que yo sepa, Edina jamás entregó un trozo de su alma, como hizo Fisher cuando salvó al idiota ese de la taberna —dijo, y señaló con la barbilla la puerta que daba a la sala principal de la barra—. No se ató a nadie a este lado del

—¿Cómo que demasiado pálido?

—Hasta los muertos de Zilvaren tienen mejor color que tú. Los soles son demasiado intensos aquí. Todo el mundo está quemado, bronceado o ambas cosas. Tú tienes pinta de haberte pasado toda la vida bajo tierra. La gente te está mirando.

Miré en derredor y vi que tenía razón. La gente me miraba.

—¿Y?

—Y sería mejor que no se fijasen en nosotros. Bastante poco encajamos ya aquí.

—Ya he recurrido a un encantamiento. Más no puedo hacer. Mi magia tiene que recuperarse.

Carrion redujo la marcha ligeramente.

—¿Recuperarse? ¿A qué te refieres?

—Rellenarse, reabastecerse, re...

—Por los santos y los mártires, ¿de verdad tienes que tomártelo todo de manera tan literal? Ya sé lo que significa la palabra. Lo que quiero saber es por qué tienes que rellenar tu magia.

Reprimí un suspiro y contemplé a la multitud desde las profundidades de mi capucha, que me había subido para disimular.

—No he nacido en Zilvaren, Carrion. Mi magia no es de este mundo. No puedo recurrir a ella tan libremente como en Yvelia. Suerte tenemos de que pueda usarla aunque sea un poco. Hay reinos y mundos en el vacío de este universo que están completamente desprovistos de magia. Si una semilla de magia no siguiese aferrada a las entrañas de este lamentable sitio, yo no podría recurrir en absoluto a mis dones. En el Salón de los Espejos he agotado una buena porción de la magia de la que dispongo. Tardaré un poco en volver a poder usarla. El encantamiento al que he recurrido no ha consumido muchos de mis recursos, pero no pienso sacrificar más energía para ponerme un putito bronceado.

Carrion no dijo nada durante un latido, pero entonces se le ocurrió algo:

—Si agotas toda tu magia, te quedarás tan indefenso como yo, ¿no?

La anciana me dedicó una expresión muy seria y asintió con aire sabihondo, pero no consiguió mantener la pantomima: se echó a reír antes incluso de que yo acabase de hablar.

—Ay, niña, qué verde estáis. ¿Acaso dejasteis de mamar de la teta de vuestra madre ayer mismo?

—Algat —dijo Tal en tono de advertencia—, recuerda con quién hablas.

La mujer le dedicó un fruncimiento de ceño al Lord vampiro.

—Mi memoria es bastante más afilada que la tuya, espectro. Sé exactamente con quién hablo. Con la matarreyes. Con el fin del día. Con la última marea. Con la rompenombres...

—¡Basta!

Tal dio un puñetazo en la mesa. La anciana cerró el pico, con un hilillo de baba colgando del labio. Contempló a Tal durante un segundo, sin la menor expresión. Sin embargo, el aire se aquietó de pronto, cargado de punzante tensión.

Tal mantuvo el tipo, sin apartar la mirada.

—¡Está bien! —Algat dio una palmada en el aire, y de pronto se encontró al otro lado de la mesa. ¿Cómo lo había hecho? No la había visto moverse. Se giró, y su cuerpo se movió de un modo antinatural que me puso la piel de gallina—. ¡Belikon de Barra! ¡Belikon de Barra! —canturreó con voz aguda e infantil, muy distinta de los graznidos de antes—. El rey de los fae yvelianos jamás ha puesto un pie en vuestros dominios, mi reina —dijo en tono de burla—. Mi padre lo prohibió. Esa rata sarnosa jamás pidió audiencia con mis libros. Toda la colección está intacta.

No quise que supiera qué efecto me causaba esa noticia, pero no conseguí evitarlo. Aquella mujer encorvada oyó cómo se me aceleraba el pulso. Una sonrisa podrida le asomó lentamente en el rostro.

—Mi padre fue mecenas de alquimistas. Apoyaba sus artes, las alimentaba. Donde otros veían solo peligro Malcolm de Sanasroth vio poder.

—¿A qué te refieres con peligro?

—Soy medio vampira, sí. Pero la única sangre que he probado me fue entregada por voluntad propia. Me la dio mi compañero. Quizá lo que hueles en mí es su sangre.

—No me importa de quién hayas bebido ni si... —Se detuvo, con la boca abierta formando la palabra que estaba a punto de pronunciar. Vi la conmoción que recorrió sus facciones—. No. No, no puede ser... Es imposible —susurró.

—Imposible, ¿eh?

Mis guantes ya estaban echados a perder. El cuero colgaba hecho jirones de mis manos. Me los quité con cuidado para evitar las quemaduras de las palmas. Ya sin guantes, me arremangué despacio y le enseñé los tatuajes que subían por el dorso de mis manos y mis antebrazos.

—En el nombre del pecado y la sal, ¿qué es eso? —Algat había contemplado nuestra conversación con evidente deleite, pero ahora aquella jovialidad murió. Señaló mis manos con un dedo tembloroso—. Niña estúpida. Marcarte la piel con esos tatuajes es un sacrilegio.

A mí no me quedaba energía para explicárselo. Y de todos modos no se merecía mi verdad. Me centré en el vampiro de ojos felinos que parecía preocuparse tanto por el bienestar de Fisher.

—Has contravenido un edicto real —dije—. La ley estipula que ningún miembro de esta corte debe atacarme a mí ni a mis amigos. Y aun así, lo has hecho. ¿Cómo has podido?

El vampiro me miró, aturdido. Sus ojos saltaban alternativamente de mis manos a mi rostro. No parecía creer lo que estaba viendo.

—Ha contravenido el edicto porque el edicto no le afecta —dijo una voz desde la entrada de la biblioteca.

Se trataba de Lorreth. Venía asfixiado y descompuesto. El pelo se le escapaba de las trenzas y tenía las mejillas arreboladas. Me lanzó una mirada cargada de intención al entrar en la biblioteca..., el tipo de mirada que decía que le pensaba contar a Kingfisher lo que había pasado. Su atención voló al agujero que yo había

—Aquí no viene nadie —dijo—. Nadie aparte de esa vieja bruja. Es el único lugar en el que puedo estar sin causar problemas.

Alcé una mano y solté una risa queda.

—Eh, yo diría que has causado bastantes problemas.

Foley se giró hacia mí y me dedicó una expresión desdeñosa.

—No estaba hablando contigo.

Todo sucedió muy rápido. La silla detrás de Foley voló por los aires y se estrelló contra la mesa de lectura. El vampiro se vio catapultado hacia atrás. Un jirón negro atravesó la biblioteca, y de pronto Lorreth sujetaba al vampiro por la camisa al borde del agujero que yo había abierto en la pared de la biblioteca.

—Te vendría bien moderar ese caractercito —dijo.

Yo aparecí a su lado al instante.

—Lorreth, no pasa nada. Métele dentro.

Pero Lorreth no me obedeció.

—Es vampira, sí. Medio vampira. Y también medio fae. Y no le ha robado la hoja a Fisher de sus manos muertas. —Se echó a reír y negó con la cabeza, como si no pudiera creer lo que él mismo decía—. Se la dio él.

—Y una mierda. Fisher jamás haría algo así. —El vampiro estaba furioso, sí, pero parecía darle igual estar colgando en precario equilibrio sobre el borde del edificio—. Solo haría algo así si ella fuera...

Lorreth inclinó la cabeza y volvió a enarcar las cejas. Hizo un gesto que venía a significar «Sigue, casi lo has adivinado, acaba esa idea». Los ojos de Foley se desorbitaron. Se giró hacia mí.

—No. —Negó con la cabeza—. No es cierto.

—Ah, ¿no? —resopló Lorreth—. ¿Me estás diciendo que no captas su olor en ella desde aquí? Han pasado dos días desde la última vez que estuvo aquí, y sin embargo aún puedo...

—Discúlpame, pero preferiría que no acabases de formular esa idea. Me da bastante igual que me juzguen, pero me cuesta encajar que mi amigo se ponga a chismorrear sobre el hecho de que apesto a sexo. Y encima delante de mí.

—Gracias a los dioses. Pensé que te había pasado algo. He estado esperando a ver si esto se convertía en una pesadilla. Pensé que... ¡Joder!

Me apretó aún más fuerte contra sí. Yo le di unas palmadas frenéticas en el hombro.

—¡Fisher! Fisher, no puedo respirar.

Él se apartó y me acunó el rostro entre las manos. El hermoso tono verde de sus ojos casi brillaba bajo la luz menguante. Me recorrió con la mirada.

—Lo siento. Hoy ha sido un día... —Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior—. Odio tu puta ciudad, Osha. De verdad, no puedo ni explicarte hasta qué punto la odio. Dioses, me alegro de verte.

Aquello no parecía un sueño. Todo era demasiado consciente. El mundo a mi alrededor estaba demasiado definido. Demasiado afilado. Y tampoco parecía una versión inconsciente de mi compañero. Tenía la piel cálida. Tenía olor. Los detalles de su persona eran demasiado concretos. Fisher tragó saliva y vi que los músculos de su garganta se movían. Y ahí estaban: las marcas gemelas que desaparecían lentamente en su cuello, donde yo le había mordido.

—Esto es real, ¿verdad? —susurré.

Fisher dio un paso atrás y me soltó. Se giró de lado, me rodeó y me recorrió con la mirada. La nieve caía con más fuerza, copos gordos que espolvoreaban su pelo oscuro y ondulado, que se derretían al aterrizar sobre sus hombros y su pecho. Jamás me había sentido más vista que cuando Fisher me miraba. Y así, cuando sus ojos me devoraban, me sentía desbaratada por completo.

Él se me acercó por detrás. Su calor corporal me calentó la espalda. Su aliento me acarició la nuca. Me apartó el pelo por encima del hombro, se inclinó sobre el hueco de mi cuello y me olió.

—Es totalmente real —murmuró—. Tienes el mismo olor, el mismo aspecto. —De pronto me puso las manos en la cintura y sus dedos se clavaron levemente en mis caderas—. El mismo tacto.

espada divina de Rurik, Bitterbane. La hoja goteaba sangre. La reina le echó un vistazo a la espada, a la sangre, y comprendió que su marido había muerto.

Yo la vi huir por el palacio, con la ropa aleteando en torno a ella al correr. La vi entregarle a mi madre a su único hijo. Le pidió con un susurro que se lo llevase, que lo escondiese, que lo mantuviese a salvo. Mi madre me lo contó más tarde, después de fugarse del palacio la noche que escapó al sur, a Cahlish.

Carrion había dibujado a su madre con una precisión sorprendente. La imagen de su padre, pegada a la pared junto a la de Amelia, era menos exacta. En el dibujo se apreciaba solo la mitad del rostro de Rurik Daianthus; solo había esbozado uno de sus ojos. Sin embargo, la antigua amabilidad del rey estaba presente, una calidez familiar que irradiaba de aquel ojo.

Había otras personas dibujadas en las hojas de papel. Miembros de los fae a los que no reconocí. Mujeres que vestían armadura de renegadas, con arcos a la espalda. Hombres de expresiones fieras, con melenas recogidas en trenzas y poderosas espadas alzadas sobre la cabeza. Niños fae, duendes de fuego, dragones..., todo tipo de criaturas dibujadas con gran detalle por todas partes.

Sobre la ventana cubrían las paredes varios paisajes, escenas de montañas cubiertas de nieve, ríos caudalosos y naves en alta mar que navegaban por una costa tropical que recordaba poderosamente al Escudo, la cadena de islas que protegía las playas de Lìssia. Todo estaba ahí. Trozos de Yvelia atrapados en papel como insectos en ámbar. Había muchos dibujos amontonados unos sobre otros. Carrion debía de haber tardado mucho tiempo en crear todo aquello. Años. Había más ilustraciones de su madre, aunque esas otras eran menos fieles; los ojos estaban demasiado separados, quizá. O la punta de la nariz demasiado elevada. No era...

—Sé lo que estás pensando.

Solté el aliento que había contenido, sin dejar de contemplar la pared. No miré a Carrion, aunque sentí su presencia en el dintel a mi espalda.

Me faltaba poco para dejar a aquel gilipollas sin sentido y cargármelo al hombro.

—¿Por qué no?

Los ojos de Hayden volaron hacia Carrion: desorbitados, temerosos, tristes. Hundió los hombros y de pronto se le quitaron las ganas de pelear.

—Antes hay que volver a pasar por el Tercero —susurró—. Tienes... tienes que despedirte, Carrion. Lo siento, pero...

Carrion apretó la mandíbula. Retrocedió un paso, con los puños tan apretados que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Hayden no tuvo valor para responder, al parecer. Pero, de alguna manera, Carrion ya lo sabía.

—Gracia —dijo con voz suave—. Gracia ha muerto.



Una solitaria procesión de dolientes avanzaba en fila de a uno por las dunas. Las pañoletas aleteaban bajo el viento, hacia el oeste, como banderas a media asta. La arena me soplabá en las mejillas y hacía que se me saltaran las lágrimas. Yo avanzaba con dificultad por la cuesta ascendente justo detrás de Hayden. Carrion abría la marcha con los andares resignados del condenado a la horca. No dijo nada. Nadie dijo nada.

Los habitantes del Tercero estaban sometidos a cuarentena. Se les prohibía salir de su distrito bajo cualquier circunstancia... excepto una. A los residentes más pobres de la Ciudad de Plata se les permitía salir de su distrito para enterrar a sus muertos.

No era ningún acto de misericordia. En el Tercero no había cementerios, ni mausoleos ni criptas. Algo había que hacer con los cadáveres de los marginados y oprimidos, y Madra se aseguraba de que los amigos y la familia de los recién fallecidos se encargasen puntualmente de sus restos. De lo contrario habría consecuencias.

Se me heló la sangre.

Había al menos doce chicas de cara a la muralla. La mayoría estaba llorando, aunque la primera de la fila no lloraba. Le dedicaba una mirada hostil al hombre vestido de negro, que le acercó un objeto cilíndrico al cuello. La chica le escupió en la cara.

—Ahí vienen —dijo Carrion—. Espero que tengas algún puto plan.

Lo tenía: acabar con aquellos cabrones tan rápida y silenciosamente como fuera posible. Intentar no provocar ninguna escena. Sin embargo, aquel plan ya no me gustaba tanto.

No, aquel plan ya no era viable.

Porque, me cago en la puta, iba a provocar una escena de la hostia.

No me hacía falta la espada. Me bastaba y me sobraba con la rabia que sentía.

El segundo de los guardianes entró en la plaza, y yo reuní mi magia. Hasta la última gota. Empezó a bullir bajo la superficie de mi piel, como un perro rabioso.

Eran quince en total. Ese era el número de soldados entrenados que habían pensado que necesitarían para acabar con nosotros. Una decisión que iban a lamentar. Aunque, por otro lado, habría dado igual. Podrían haber enviado diez veces más y aun así no habría sido suficiente.

Los hombres vacilaron un segundo, recorriendo la escena con la mirada. Se dieron cuenta de que los habíamos estado esperando...

—Esto no me gusta —susurró Hayden.

—Ponlo a salvo, Carrion. Ahora.

... y se abalanzaron sobre nosotros.

Swift agarró al hermano de mi compañera. Los dos echaron a correr, no vi adónde. No me importó.

Aquellos cabrones habían obligado a Saeris a ir allí en su día. La conocía, sabía que también les habría clavado la mirada y les habría escupido en la cara, como había hecho aquella chica hacía

podría hacerme daño si así lo deseaba. Era el poder que exudaba. Un poder crudo, antiguo y peligroso. Irradiaba de la criatura como el calor de un sol.

Hazrax giró aquel rostro liso y extraño y volvió a parpadear.

—Hablemos del libro que hay sobre la mesa, ¿te parece? Un tomo muy noble. En su día hubo muchos de esos libros..., pero ahora solo queda este.

Una fracción de mi cautela dio paso a la curiosidad.

—¿Lo has leído?

—Yo observo. Acumulo información. Leer libros es mi deber —repuso Hazrax—. He leído ese libro muchas veces.

De forma vacilante, me aparté del banco.

—Y lo comprendes. Comprendes quién soy. Lo que soy.

Hazrax rodeó el banco; su larga túnica blanca susurró al moverse. Se apartó de la fragua donde ardía la luceterna.

—No tengo el don de la Visión, como sucede con algunos seres de este reino. Veo callejones. Sendas. Veo... posibilidades. —Se giró hacia mí—. La magia de sangre es muy primitiva, Saeris Fane.

Yo me balanceé sobre los tacones. ¿A qué venía eso?

—No... no sé nada sobre magia de sangre.

—Por supuesto que sí. —La extraña criatura se irguió y metió las manos bajo las holgadas mangas de su túnica—. El mercurio es avaricioso. Tú le das todo lo que desea. Canciones, chistes, recuerdos. Tu compañero quiere que crees miles de estas reliquias, pero entregas parte de ti con cada una que fabricas, te la arrancas. Dime, cuando tengas la mente agujereada del todo, ¿cómo sabrás cuánto has entregado, cuánto has perdido?

Hazrax oía al mercurio. No había otra explicación posible. De lo contrario, no podía saber que yo acababa de entregarle un recuerdo.

—Hago lo que hace falta hacer —dije.

—Hum. Lo que hace falta hacer —repitió, y a continuación—: ¿Y qué es lo que hace falta hacer? ¿Hace falta que selles esas runas? ¿Hace falta que tu compañero se cuide de extraños?



AL FINAL

SAERIS

«**H**abéis venido, habéis venido. Venido. Habéis venido...».

Las palabras resonaron con fuerza dentro de mi cráneo.

«Venido. Venido. Habéis venido...».

Ammontraíeth entero se detuvo y cayó de rodillas a mi paso. Corrí por los pasillos hacia las entrañas del palacio, a la cueva que albergaba el mercurio de la Corte de Sangre. Los ojos afilados y fríos de hilera tras hilera de altasangre me siguieron mientras corría.

El sepulcro estaba tal y como lo habíamos dejado Kingfisher, Carrion, Lorreth y yo misma. Nuestras huellas seguían en la gruesa capa de polvo en el suelo. El borde del estanque continuaba roto: una larga grieta con forma de relámpago cruzaba la obsidiana en dirección a la puerta. Allí me había despedido yo de Kingfisher. Él me había besado y me había abrazado, y yo me había sentido segura.

Ya no me sentía segura. Lo que sentía era que estaba a punto de explotar. Mis terminaciones nerviosas chillaron al acercarme corriendo al estanque y... y...

¡Mierda! ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

cro. Impactaron contra el techo y sus cuellos se rompieron al instante. Un segundo después, cayeron al suelo, muertos.

Un silencio ensordecedor envolvió la tumba. Yo aguanté la respiración, petrificada, con los ojos desorbitados. No me atrevía ni a moverme. La energía chisporroteaba del escudo, diminutos filamentos brotaban de él, a dos metros sobre el suelo.

Por fin dejé escapar un aliento tembloroso que empañó el aire, y cerré el puño. Y así, el resplandeciente escudo desapareció de la existencia, como si jamás hubiese existido.

—Me cago en la puta —dijo Carrion—. Parece que han cambiado muchas cosas en los últimos días.

«Mírame, Osha». Fisher se encontraba a los pies del estante. Se cernía sobre la figura tumbada bocabajo de Orious. Sus sombras inmovilizaban al senescal de Belikon en el suelo. «Ya ha pasado», dijo, unas palabras que solo me dedicó a mí. «Estás a salvo. Sacúdetelo todo de encima».

Yo seguía en postura defensiva. Todos los músculos de mi cuerpo estaban rígidos, listos para otro ataque.

—¿Estáis aquí? ¿Estáis aquí de verdad? —Dioses, qué pequeña sonaba mi voz.

Despacio, Fisher asintió, y la tensión desapareció de mi cuerpo. Era real. Estaba allí. Todo iba a salir bien.

«Voy a sacarte de aquí dentro de dos minutos», me dijo. «Pero necesito que sigas un poco más aquí. ¿Te parece bien? ¿Puedes hacerlo?».

Asentí.

«Buena chica. Ven. Ponte a mi lado».

Acudí a él.

Orious no dominaba magia alguna. Sentí el vacío hambriento que anidaba en su interior, latiendo de envidia. Las sombras de Fisher se ciñeron más sobre él, apretaron su garganta, su pecho, sus caderas, sus tobillos, sus muñecas. Él se revolvió sin éxito, si-seando.

—Moriréis... por lo que... habéis hecho —resolló.

El chillido de Layne se cortó de cuajo. Volvió a arquear la espalda y sus talones martillaron como pistones sobre la cama, en pleno ataque de convulsiones.

—¡Algo le está haciendo daño!

Fisher se apartó un poco de la cama y se pasó las manos por los cabellos, tirándose de ellos. Sus ojos se toparon con los míos; en los suyos solo había desesperanza y pánico. Fisher sabía enarbolarse una espada. Sabía rajar en dos a sus enemigos. Podía conjurar puertasmbras y acudir volando junto a sus amigos si estos lo necesitaban. Pero allí no había ningún enemigo al que enfrentarse. No había destino alguno al que dirigirse.

No podía hacer nada para ayudar, y esa certeza lo estaba matando. Y yo no estaba en mejores condiciones. Expandí la consciencia gracias a la extraña magia que se arremolinaba bajo mi piel, pero solo encontré al mercurio, que susurraba suavemente, calmado como un río que fluyese tranquilo:

«Corre. Corre. Corre. Corre...».

El pánico me cubrió los huesos como si de escarcha se tratase. Me acerqué a Layne y le puse una mano en la cabeza. Tenía el cabello rubio enmarañado, empapado de sudor. Su respiración flaqueó durante un instante, pero luego recuperó su ritmo acelerado, entre resuellos. El ritmo de sus convulsiones aumentó aún más.

Sentí lo que Te Léna había sentido: una mano oscura se cernía sobre mi amiga y la hundía en los pozos húmedos del infierno. Y allí no estaba sola.

Layne volvió a abrir los párpados. Tenía las pupilas del tamaño de alfileres. Le colgaba extrañamente la lengua de la boca, húmeda de saliva. Tenía los dientes manchados de rojo.

—La puerta está abierta —dijo una voz temible desde su boca—. No se puede cerrar. La puerta está abierta. La puerta está abierta. La puerta está...

La voz se detuvo. Layne sufrió un terrible estremecimiento, puso los ojos en blanco y cayó sobre la cama, inmóvil. La tensión abandonó su cuerpo.

¿Cuánd...? —Me detuve. Solté un pesado suspiro—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste cerca de un miembro vivo de los fae?

—Tu compañera... —dijo, y dejó morir la voz.

—¿Tuviste ganas de comértela?

—No..., me temo que estaba más centrado en matarla.

—Pero también viste a Lorreth, ¿verdad? ¿A él intentaste matarlo?

Una profunda arruga se formó en el ceño de Foley, como si ni siquiera se le hubiese ocurrido.

—No, la verdad es que no. Recuerdo haber pensado que su aroma era incitante, pero... no pensé en alimentarme de él.

—Y antes de ese encuentro, ¿cuándo fue la última vez? ¿Cuándo has estado cerca de alguien y has sentido que no podías controlar el hambre?

Se lo pensó largo tiempo.

—Hará setecientos años.

—¿Y te alimentaste de esa persona?

—No.

—Por los dioses vivos, Foley. Eres un puto... ¡agh! —La frustración convirtió mis palabras en un rugido.

Rápidamente, antes de que él pudiera detenerme, me clavé los dientes en la muñeca e hice una pequeña incisión. Foley se puso de pie y se subió a la barandilla del parapeto antes de que la primera gota de sangre cayese sobre la mesa.

—¡Por la misericordia de los dioses! —jadeó—. ¿Qué haces?

Tenía los ojos llenos de miedo.

—Esta vida ya no es nueva para ti, Foley.

No me puse en pie. Entre los dos, Guru seguía cómodamente sentado, jugueteando con la pluma que había caído de la mesa entre sus garras. Tap, tap, tap. Al percatarse de que había una gota de sangre en el suelo a mis pies, el gato se levantó de un salto y se acercó a la carrera. Maulló y me miró como si pidiese permiso. Por supuesto, aquel animalillo tan extraño bebía sangre.

—Vamos, principito —le dije.

irían a casa por sí solas, y yo no volvería a conciliar el sueño si no las obligase a marcharse. Te aseguro que este intercambio es voluntario y mutuamente beneficioso. Pero imagino que eso ya lo sabes.

El intercambio de sangre.

Las mujeres se colocaban con el veneno de Tal y tenían los orgasmos más intensos imaginables. Y Tal, a cambio, se alimentaba. Un sorbito de cada una debía de bastar para saciar su hambre, mientras que ellas tenían la experiencia de sus vidas. Supuse que sí que sonaba mutuamente beneficioso.

—Uno de estos días dejaré de sentirme como un pez fuera del agua aquí —gruñó Carrion—. ¿Por qué te ruborizas, Saeris? Tú nunca te ruborizas.

—Da igual. Puedo... puedo ruborizarme si quiero, ¿vale? —Solté el aire, un suspiro lento y constante—. Tal, la puerta del sepulcro estaba bloqueada. Esos dos idiotas de tu taberna nos estaban esperando.

—¿Tienes una taberna? —Tal acababa de subir en el escalafón del respeto de Carrion.

Mi creador ignoró su pregunta.

—Sí, yo les dije que se apostasen allí. Oí a Lorreth decir que el consejero de Belikon y un puñado de guardias cruzaron el mercurio la última vez que estuviste en la tumba. No puedo permitir que los guardias de Belikon, ni de nadie más, aparezcan por Ammontraíeth así sin más. Me pareció lo más acertado bloquear la puerta y colocar a Anterrin y a Khol allí. Dado que Lorreth había tullido a uno de los dos, alguna tarea tenía que encomendarlos, ¿no?

—¿Y con eso pretendías evitar que entrasen usuarios de la magia? ¿Con una puerta cerrada?

—No, evidentemente no. Se suponía que con eso bastaría para que Anterrin y Khol tuviesen tiempo de avisarme de lo que estaba pasando para que yo me encargase de la situación como mejor me pareciese.



OS EQUIVOCÁIS DEL TODO

SAERIS

Edina de las putas Siete Torres.

Me habría sentido como una puñetera gilipollas de no haber tomado la decisión de darle el libro a Fisher. Habría leído aquella nota que había dejado para él y habría sabido de inmediato que había fallado algún tipo de prueba ante los ojos de Edina. Y, por supuesto, la mujer estaba muerta, pero yo aún quería que me quisiera. A fin de cuentas, estaba enamorada de su hijo. Por más estúpido que pareciera, quería que me considerase digna de él.

Me moría de ganas de leer el libro de cabo a rabo, pero Ammontraíeth hervía con los preparativos del baile del día siguiente, y yo no podía disfrutar de un momento de intimidad ni en mis propios aposentos. Cada cinco segundos acudía alguien a llamar a la puerta con alguna pregunta urgente.

¿Qué flores había que colocar en el pedestal?

¿Había que aderezar el vino con sangre de recién nacido o de virgen? (Yo respondí que de ninguna de las maneras había que aderezar el vino con sangre, y que si descubría que alguien estaba desangrando recién nacidos lo ataría a un poste y lo dejaría a la intemperie para que lo matase el alba).

¿Quería que los Lores de Medianoche se sentasen en mi mesa para la cena, en un puesto de honor?

Una bola de fuego se encendió en el patio. Una columna anaranjada en medio de la oscuridad. Yo dejé caer la cuchara que sostenía, que aterrizó con un repiqueteo en mi estofado y salpicó por todas partes. Un arma. Necesitaba un arma. Agarré lo primero a lo que pude echar mano y salí a toda prisa.

—¡Ayuda! —El grito aterrorizado de Archer resonó en mis oídos—. ¡Ayuda!

El duende de fuego estaba más allá de un gran roble vivo que descansaba en medio del claro. Tenía el cuerpo envuelto en llamas... y un devorador se cernía sobre él.

—¡Archer!

La sangre me cantó en los oídos. Por mi brazo escapó la magia, mis runas estallaron en llamas azules en la oscuridad. Noté un sabor cobrizo en la lengua. Mis colmillos. Dioses, mis colmillos se alargaron tanto en mi boca que me pincharon el labio inferior.

Tardé un segundo en cruzar el claro, pero fue un segundo demasiado tarde. El devorador había apresado a Archer del brazo e intentaba llevarlo al otro lado del muro. En vida había sido un hombre. Alto, de cabello largo y castaño. Me recordaba a Ren. Al acercarme, vi que llevaba trenzas de guerra y una armadura de cuero de renegado. Se me encogió el corazón ante la posibilidad de que fuera él. ¿Le habría sucedido algo horrible mientras estaba lejos de nosotros? Sin embargo, el devorador trazó un giro antinatural de cintura, ciento ochenta grados completos, para mirar por encima del hombro mientras intentaba trepar por el muro. Y vi sus facciones. Cara ancha y plana, mandíbula amplia y cuadrada. Nariz ganchuda. Labios demasiado finos y maltrechos. Llevaba muerto varios días antes de alzarse. Y la podredumbre...

Oh, dioses.

—¡Infectado! ¡Está infectado!

Me detuve en seco a menos de dos metros de él. Una sensación de alarma sacudió todas mis terminaciones nerviosas como si de un llavero repleto de llaves se tratase. Unas venas gruesas y negras se extendían por la piel del devorador. Sus ojos estaban com-

«No podemos usar el azufre. Para asegurarnos de erradicar la podredumbre y matar a todos los devoradores infectados, hasta el último duende de fuego de Yvelia tendría que dar la vida».

«Sí».

«Así que seguimos jodidos».

«Sí».

«Dioses, necesito un trago».

Yo suspiré pesadamente. Otra gota de sudor me cayó de la barbilla.

«Sí».



—En Zilvaren, yo siempre había pensado que la ciudad parecería más grande viéndola desde los tejados. —Saeris dio un trago de la petaca que yo llevaba a la cadera y luego me la tendió. Contempló el bosque que rodeaba la mansión y después miró hacia el horizonte con ojos entrecerrados—. Pero no era el caso. Se veían los muros de cada distrito desde los tejados. Se veían los muros que nos contenían. Barrotes de una ventana. —Frunció el ceño ante el recuerdo e hizo un gesto de cortar el aire con la mano vendada. Te Léna la había curado lo mejor que había podido, aunque las heridas habían sido profundas. Las palmas de sus manos tardarían un poco aún en sanarse—. Aquí no hay muros. No hay barrotes en la ventana de esta prisión. Parece que el mundo podría extenderse sin fin.

Pronto llegaría el alba. Saeris estaba agotada y quizá sentía algo de dolor. Sin embargo, cuando me pidió que la llevase al tejado, no había podido negarme. De todos modos, yo también necesitaba respirar aire fresco tras el penetrante calor del hogar de Archer.

La tierra que rodeaba Cahlish estaba repleta de árboles que habían conocido el nombre de mis ancestros. Mi madre y mi padre se habían conocido en esos bosques. Allí se habían cortejado,



LO HARÍA SI PUDIERA

SAERIS

— ¡S aeris! ¡Saeris! ¡Está despierto!
 Me desperté sobresaltada, demasiado alarmada como para comprender dónde estaba o qué sucedía. Durante un brumoso instante pensé que seguía en Zilvaren y que deliraba porque me había echado a dormir durante el ajuste. La realidad volvió poco a poco a mí... y luego vi a Archer, al pie de mi cama, mirando por encima del estribo con ojos grandes como platos.

Un momento, ¿qué...?

Me erguí de golpe y centré la vista.

— ¡Archer! ¡Estás aquí! ¡Estás despierto!

El duende de fuego no tenía cejas, pero, aun así, vi que fruncía el ceño.

— No, mi señora. Se trata de vuestro hermano. ¡El amo Hayden está despierto!

Junto a mí, Fisher estaba tumbado en la cama, con los brazos extendidos y ambas manos bajo la almohada. Él también se irguió hasta apoyarse en los codos, amodorrado, con el pelo desordenado en cinco direcciones distintas. En cuanto se fijó en quién estaba a los pies de la cama, acabó de sentarse del todo y se apartó el cabello de la cara.

Los dioses le habían dado a mi padre el don de las sombras para que pudiera hacer el bien con ellas. Él me las había legado con el mismo propósito. A lo largo de mi vida, yo las había usado para ayudar y proteger a mucha gente..., pero ahora las usé para sujetar los faldones de Saeris a su cadera y poder agarrarla de la barbilla con la mano y girarle el rostro hacia el espejo. ¿Me castigarían los dioses por un mal uso tan flagrante de la magia? A la mierda. Que me castigasen. Pensaba usar mis poderes para cometer todo tipo de actos escandalosos durante mi vida con Saeris, y si eso implicaba que me esperaban los fuegos de la condenación cuando muriese, era un precio que estaba dispuesto a pagar.

—Una reina jamás debería entrar en el tablero político estando estresada, Osha —ronroneé—. Te prometo que esto es para ayudarte.

Tenía los dedos empapados. Calientes. Húmedos. La miré en el espejo y sonreí de oreja a oreja al ver su deseo. Antes de que pudiese siquiera comentarlo, Saeris dejó escapar un gemido.

—No te rías de mí —suplicó—. No puedo evitarlo, es...

—¿Es porque me deseas? —pregunté con voz áspera.

—Sí. —Su voz era un ruego.

Aparté los dedos de entre sus piernas y alcé el índice y el corazón para que los viera: húmedos, resplandecientes, cubiertos de flujo.

—Jamás me reiré de ti por esto, Osha. Esto es lo más excitante del mundo para mí. Me vuelve loco, más que ninguna otra cosa. Y te deseo tanto como me deseas tú a mí. Siempre. Voy por este agujero infernal con el capullo atado a la cintura para que estas sanguijuelas no se hagan ideas raras...

—Fisher...

—Embotellaría tu flujo si pudiera —dije—. Y ahora, deja de preocuparte y mira.

—¿Saeris?

Taladaius estaba en la puerta. Yo había notado su presencia hacía unos instantes. Por suerte, había tenido la decencia de

No hizo falta decir nada más. El edicto que había promulgado durante mi coronación se ocupó de todo lo demás. Ningún miembro de la Corte de Sangre podía hacer daño a nadie a quien yo hubiese nombrado amigo. Con ocho breves palabras me aseguré de que nadie de Ammontraíeth volviese a hacer daño a Foley.

—¿Qué clase de farsa es esta?

Algat había brillado por su ausencia en el salón hasta ese momento. Se abrió paso a empujones entre la masa de vampiros alta-sangre y apartó a Taladius de su camino, tras lo cual se acercó a toda prisa a Foley. Rodeó al vampiro, mientras su pequeño gato negro correteaba entre sus pies. Guru maulló al ver a Foley, estiró la espalda y restregó la cabeza contra los muslos del vampiro. Algat lo presencié todo y gruñó. Hizo una mueca de dientes amarillentos y ratoniles y le dio una patada al gato. El golpe le habría hecho bastante daño, pero Guru se desvaneció en un grupo de sombras un segundo antes de que el pie de Algat le acertase en el costado. Estaba claro que la criatura tenía práctica esquivando sus botas.

—No puede estar aquí —dijo Algat, hirviendo de rabia, y señaló a Foley con el dedo.

—Esa es mi voluntad.

A Foley le ardían las mejillas y la punta de las orejas. Guru volvió a aparecer y se subió de un salto a su regazo, donde empezó a suplicar afecto. El vampiro no parecía saber ni qué hacer ni adónde dirigir la mirada. Acarició la cabeza del gato, sin mirar a nadie a los ojos.

La bruja escupió, furiosa. Me recordaba a una de las viejas arpías que a veces se plantaban a la puerta de Casa Kala, que escupían a la gente que salía del edificio y les decían que sus almas estaban condenadas por tanta fornicación y tanta bebida.

—No puede servir a esta corte. ¿Cómo va a hacerlo, si se negó a jurar lealtad a Sanasroth?

Algat se dio cuenta de que su argumentación flaqueaba en cuanto la formuló. Sus ojos legañosos volaron hacia Hazrax, que

ría cualquier castigo que Tal creyese adecuado por mis faltas de haber elegido renacer, pero...

—Tal está vivo —espeté yo—. Puede que a ti no te tiemble el pulso a la hora de dejar que mueran tus amigos, pero nosotros no somos como tú.

Ante aquello, Iseabail se quedó boquiabierta. Dio un paso hacia la mesa y sus manos formaron símbolos de protección destinados a rechazar mi humo.

—¿Está vivo?

—No puedes retener mi magia mucho tiempo, Iseabail. Esta es mi casa...

—¡Me da igual, Fisher! ¡Mátame si quieres! Sabía que esto tendría un precio, ¡y estoy dispuesta a pagarlo! ¡Nací para ello! —Habla con rapidez. Le temblaban las manos mientras mis sombras empujaban sus protecciones. No tardarían mucho en caer. Bastaría un empujón fuerte por mi parte y se romperían. Pensaba matarla por lo que había hecho, joder—. Un momento. ¡Espera! —exclamó—. ¿Está aquí?

—Está descansando arriba —gruñó Foley. Se había mantenido tranquilo durante todo el intercambio, pero al parecer ya no podía seguir conteniendo la lengua—. Sufre convulsiones cada cinco minutos. Puede que jamás se recupere de la mierda que tuve que meterle por la garganta.

—¡No! ¡Tenéis que llevarme con él! ¡Ahora mismo!

—Y una mierda te vamos a llevar...

—¿Por qué? —pregunté.

La bruja estaba asustada, era patente. Inspiró entrecortadamente. Las manos le temblaban con más fuerza aún. Mis sombras estaban a punto de romper sus protecciones. Me miró a los ojos y habló con urgencia:

—Los símbolos con los que marqué a los fae sujetos a trance no eran lo bastante grandes ni lo bastante fuertes. No podía arriesgarme a que los vampiros altasangre percibiesen mi magia o que viesan marcas grandes. Necesitaba un conducto mucho mayor

—No. No importa lo que pase, tú eres la única familia que tengo. Si te quedas, yo también. Siento haber dudado de ti. Siento no haber apreciado todo lo que hiciste por mí en el Tercero. Voy a aclararme la cabeza. Voy a estar mejor. Quiero ser útil aquí, Saeris. No quiero ser una carga.

—Ya habrá tiempo para todo esto. Ahora mismo, no te preocupes por nada. Tenemos que entrar. Aquí vas a pescar un resfriado mortal, Hayden. Hace mucho frío.

Mi hermano sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la mano. Asintió y se volvió hacia la casa. Con la lluvia, no me había dado cuenta, pero ahora comprobé que lloraba.

Casi habíamos llegado al calor de la casa cuando la misma extrañeza que me había atenazado en el dormitorio de Tal volvió a ceñirse sobre mi vientre. Quería entrar con Hayden, pero algo me lo impedía. Como una mano que se cerrase alrededor de mis entrañas, una fuerza abrumadora tiró de mí hacia la lluvia.

—Entra tú, ahora te sigo —le dije a Hayden.

—¿Estás bien? Pareces preocupada.

—Estoy bien, te lo prometo. Voy... voy a por una cosa a la forja. Se llega antes atravesando el patio por aquí.

Hayden no tenía ni idea de dónde estaba la forja ni conocía la disposición de Cahlish. De ser así, habría comprendido enseguida que yo estaba mintiendo. Ahora solo pudo sospechar..., así que me dedicó un asentimiento y entró.

Menos mal que se había ido.

Instantes después doblé un recodo y descubrí la fuente de aquella sensación desagradable. Probablemente, Hayden se habría desmayado de encontrarse cara a cara con Hazrax.



—Disculpa por la lluvia —dijo—. Es que no me gusta mucho el frío. La lluvia es algo más cálida que la nieve.

—¿A qué has venido?

—Punta Bayland está a menos de cien leguas de Cahlish —dije—. La podredumbre no se detendrá cuando haya devorado Cahlish. Seguirá extendiéndose en todas direcciones y se plantará ante vuestra puerta en cuestión de días.

Tal hizo un débil encogimiento de hombros.

—Eso si tú no la detienes primero. —Esbozó una sonrisa divertida—. Tengo la sensación de que vosotros dos habréis encontrado el modo de detener todo esto mañana mismo por la noche. Sois igual de testarudos a la hora de salir con la vuestra.

Ahí no se equivocaba. En mi mente ya se estaba formando un plan. No había muchas posibilidades de éxito, y por los dioses, era peligroso, pero si funcionaba...

Saeris estaría a salvo.

El reino estaría a salvo, al menos durante un tiempo.

El lío que iba a tener que montar sería catastrófico. A veces la cura era más peligrosa que la dolencia, pero al menos nos proporcionaría algo de tiempo...

—¿Os importa si voy yo primero? Estos libros son muy pesados.

Carrion hizo una mueca medio incómoda y se apoyó en el hombro de Tal. El contrabandista llevaba tres abrigos, uno encima del otro, y las manos embutidas en mitones.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó Saeris.

—Porque siempre acabo sentado en un banco de nieve y tengo que esperar durante horas cuando los demás desaparecís para hacer algo peligroso. No me gusta el frío, Saeris.

—¿Y por qué lo dices como si el tiempo fuese culpa mía? —preguntó ella.

—Es que es culpa tuya. Podrías haberte enamorado de un renegado de Gilaria, o mejor aún, de Lissia, pero no. Tuviste que enamorarte del tío del páramo helado que es Yvelia.

—Supongo que te das cuenta de que estás hablando de tu reino —le recordé yo.

Pero Carrion ya se dirigía a la puertassombra. Un instante después, se desvaneció junto con los libros.

—Eh, a mí no me metas en esto. Yo tampoco sé qué significa «perentorio».

—Yo sí sé lo que significa —espetó Lorreth—. Lo que pasa es que no te creo. Ahí está la diferencia.

—¡Basta!

Joder, vaya dos. Iseabail había tardado un poco en responder a las pullas del guerrero, pero por fin se le había acabado la correa. Yo no podía culparla por ello. Tenían que parar los dos de una puta vez, punto.

—Guarda los mapas, Iseabail. Si tus augurios no funcionan, pues no funcionan. Encontraremos otra manera de dar con Fisher. —Yo tenía que creer en ello, no quedaba opción—. Él querría que ayudásemos a los heridos y pusiésemos a salvo a todo Inishtar antes de embarcarnos en una misión para encontrarlo. Tenemos que arrimar el hombro aquí en la medida de lo posible. Y mientras lo hacemos, todos podemos pensar en modos de localizarlo. Mientras tanto, deberíamos discutir qué está pasando, en qué nos hemos metido.

—La horda debe de campar suelta —dijo Te Léna.

Foley, Lorreth y yo negamos con la cabeza desde distintos rincones de la cocina.

—Estos devoradores eran humanos antes de transmutarse —dijo Lorreth.

Foley se crujió el pulgar y contempló el fuego.

—No obedecían las órdenes de Saeris.

—Eran zilvarenos —añadí yo.

Orellis paseó la vista por la estancia, con confusión patente.

—Un ejército de devoradores ha atacado mi hogar. Han matado a montones de mis congéneres. No importa de dónde hayan venido.

—Sí que importa. —Le sonreí a Lanny. La pequeña fauno tenía los ojos grandes; el fuego iluminaba sus suaves ricitos. Me contemplaba con intensidad e intentaba agarrarme el labio inferior—. Importa mucho, de hecho. ¿En Inishtar hay estanque de mercurio?

Carrion nos lanzó una mirada suplicante por encima de la multitud repleta de cuernos —retorcidos, rectos, curvos—, todos ellos puntiagudos y mortales. Yo sabía lo que pensaba. Se estaba imaginando que cualquier par de esos cuernos lo iban a empalar y a destripar. Sería una muerte horrible. Sangrienta, dolorosa y lenta. Sin embargo, cuando los sátiros inclinaron las cabezas, no cargaron contra Carrion. Cayeron de rodillas al mismo tiempo y dispusieron sus armas en una reverencia hacia el heredero de la familia Daianthus. Todo quedó en silencio excepto por el susurro de las pezuñas y el repiqueteo del metal contra la piedra.

—Ay, dioses. Después de esto se va a poner insufrible —gemí.

Los sátiros empezaron a cantar, un ululato grave y tan profundo que hizo temblar los escombros más pequeños. Jamás había oído un sonido tan resonante. Que yo supiera, ningún humano ni miembro de los fae podría haber replicado el bajo de aquella sombría melodía. Era tan potente que hasta el aire en mis pulmones vibró.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Lorreth—. ¿Qué están cantando?

—Un miserere de bienvenida —respondió él—. Una canción tradicional de los sátiros... con ciertos matices. Es la canción que se canta a un miembro de la familia de un amigo querido a quien has perdido. Es... una promesa. La promesa de que les darás el amor y respeto que ya no puedes darle a tu amigo a los vivos que comparten su sangre. Es complicado. Los sátiros tienen una canción para todo. Para mi gusto son demasiado dramáticos y floridos.

Las voces de los sátiros eran atronadoras, el tono era un zumbido; yo no podía separar una palabra de otra. A pesar de la crítica poco favorable de Lorreth, la música me puso igualmente los vellos de punta. La canción era conmovedora.

—¿Qué hago? —dibujó Carrion con los labios, por encima de las cabezas de los sátiros.

fui a apartar el metal de la hoja con la mente. Al momento encontré resistencia.

Una puta hoja nula.

Todos llevaban hojas nulas. Aquellas armas antinaturales parecían puntos ciegos en mi vista: agujeros negros que succionaban mi energía y la magia de los mismos bosques. Yo no podía manipularlas. No podía apartarlas como habría hecho con una espada o una daga común y corriente. Tal y como había pasado en el sepulcro de Ammontraéth, iba a tener que luchar contra aquellos hijos de puta de un modo normal, sin usar mi magia para desarmarlos. Aun así..., estaba lista para ello.

Esos cabrones se habían llevado a mi compañero. Lo habían atrapado allí, estaba segura. La habían jodido a lo grande y, me cago en mi vida, lo iban a pagar.

Uno de los guerreros con arco me disparó una flecha. Habían aprendido de sus errores en el sepulcro: esta vez la punta de sus flechas no estaba hecha de hierro, sino del mismo material que las hojas nulas. La flecha mantuvo su trayectoria y vino directa hacia mí...

Me agaché y aproveché la oportunidad para apartar de un golpe la hoja nula de un atacante que intentó abrirme un tajo en el costado. Bloqueé el ataque y giré a Erromar, de modo que le arranqué la hoja al guardia de la mano. Esta salió volando por la oscuridad. Volví a girar a Erromar en la mano y le clavé la espada divina a aquel cabrón entre las costillas, tras lo cual le prendí fuego por dentro. Un fuego sagrado le salió por los ojos y la boca. El tipo murió. Una flecha se clavó en un árbol a mi derecha. La arranqué y atravesé con ella el cuello de otro de los guardias. Giré en redondo y le acerté a otra guerrera en los gemelos con Selanir. La mujer cayó con un grito amortiguado. Se volvería a levantar en un segundo, pero a mí me bastaba un segundo para pasar por encima de ella y romper la guardia de otro atacante. Este era enorme, con una desagradable cicatriz en la sien que le bajaba por la mejilla izquierda y le atravesaba ambos labios hasta llegar a la bar-

envié mis zarcillos de humo y sujeté a aquel pedazo de mierda por los tobillos. Mi magia le rodeó el torso, lista para apretar y romperle las costillas, pero el senescal se giró y, con un rugido de bestia rabiosa, volvió a lanzarle un tajo a Saeris. El arma, una hoja nula, trazó un arco en el aire en busca de carne en la que hundir su maldito filo.

Y la encontró, pero no fue la carne de Saeris.

Onyx dejó escapar un gáñido agónico y cayó al suelo. Orious soltó un grito victorioso. El zorro se había interpuesto en el camino de la daga y había echado a perder su oportunidad de acabar con Saeris. Aun así, a juzgar por la alegre sonrisa en su rostro, al senescal no le importó. Retrocedió a trompicones y dejó escapar una risotada demencial e hirviente.

—¡Por fin! —siseó—. ¡Te he...!

La reacción de Saeris fue instantánea e implacable. Hundió el rostro en el cuello del senescal y le arrancó de un mordisco la puta garganta. Salpicaron por todas partes sangre y carne desgarrada. Mi magia impactó en él un segundo después.

«Entrad», ordené. «Destruíd».

Mis sombras cazaban. Jamás les había ordenado que causasen dolor, pero ahora sí que lo hice, vaya que sí. El humo y las sombras acabaron de destrozar la garganta abierta de Orious y lo destriparon de dentro afuera. Murió en una gran agonía, desprovisto de la capacidad de gritar.

—No, no, no.

Saeris se acercó al gurrúño que yacía sobre la nieve. Onyx tenía el costado rajado por completo, los ojos en blanco, la lengua colgando. Jadeaba e intentaba respirar. Todo su pelaje estaba manchado de un intenso tono rojo.

Mi compañera se giró y me agarró del brazo para llevarme junto al zorro.

—¡Ayúdalo! —Estaba sollozando—. Como ya hiciste en Ammontraíeth. Haz eso que..., ya sabes..., lo de agarrarlo, tocarlo y... y sanarlo. ¡Por favor! ¡Por favor!

me en uno de los mejores guerreros de Yvelia, con un lugar privilegiado en la corte. Mi madre llevaba una semana muerta, pero Belikon me puso de rodillas delante de esa roca y me obligó a hacer el juramento. Para él fue sencillo. Me ordenó que le diera la reliquia, y luego que entrase en el estanque.

El viento aullaba a medida que subíamos más y más. También se volvía más frío; clavaba crueles dientes en la sensible punta de mis orejas. Yo intentaba no perderme nada, comprender lo que me estaban diciendo, pero la crueldad de toda la artimaña lo hacía casi imposible. Aquel era el lugar donde Fisher había entrado en el mercurio. Allí se había infectado por dentro y casi se había vuelto loco.

—Obedecí la orden de mi rey. Entré en el estanque. Y en cuanto mis pies desnudos tocaron aquel mineral mancillado, supe que iba a morir. Me vi transportado a otro reino, a un lugar... —Dejó morir la voz, como si hubiese llegado a la mitad de la frase y se hubiese encontrado de pronto con que faltaban las demás palabras.

—El rey y sus hombres esperaron dos horas a que regresase aquel niño fae —dijo Ren—. Y, al ver que no volvía, el rey fingió dolor por la pérdida de su hijastro, el único vínculo que le quedaba con su preciosa Edina. Ya le había legado Cahlish junto con el título que acompañaba a esas tierras a su senescal cuando, de pronto, el estanque escupió al niño fae. Tenía los ojos ribeteados de una plata digna de las estrellas.

—Yo no sabía ni quién era —susurró Fisher—. Tardé mucho tiempo en regresar... mentalmente. Belikon estaba decepcionado. Había pensado que sería un buen modo de despacharme. Uno de los Caballeros Orithians me devolvió la reliquia, y Belikon me envió a uno de sus campamentos de guerra para aprender el oficio de la muerte.

Ren había llegado ya a lo alto de las escaleras y nos esperaba, con rostro lúgubre.

—Inexplicablemente, aquel mismo día se cerró el estanque de Ajun —dijo—. Desde entonces se ha abierto y vuelto a cerrar tres veces, sin previo aviso. Los caballeros siempre lo han custodiado,

Un reguero de humo negro latigüeo en el aire a mi izquierda. En el lugar donde había estado uno de aquellos hombres que me habían levantado había ahora tres trozos de carne humeantes en el suelo. La mujer a mi derecha dio un paso al frente, apretando los dientes, con la mano aún en mi hombro. Un segundo después, todo su brazo cayó al suelo con un golpetazo. Khydan giró a Nimerelle en el aire; ambos fluían como humo líquido. Se movía demasiado rápido como para verlo, pero yo sabía lo que iba a pasar a continuación. La mujer que había perdido el brazo estaba a punto de quedarse sin cabeza. Pero...

—Basta —dijo una voz diferente esta vez, algo más aguda, pero igual de imponente.

Mis rodillas cedieron.

Caí, y el dolor explotó en mis rodillas al impactar contra el suelo. Khydan cayó también de rodillas a mi lado con un siseo. No podía moverme. Una presión invisible encapsuló mi cuerpo y me inmovilizó. No me respondían las manos. Tenía los brazos pegados a los costados, y el pecho tan apretado que apenas podía expandir un centímetro las costillas. Casi no podía respirar.

No tuve que moverme para hablar con Khy.

«¿Qué cojones está pasando?».

«No te preocupes. Que no te entre el pánico. Intenta mantener la calma».

«¿Y tú estás manteniendo la calma? ¡Acabas de matar a un tipo y desbrazado a otra!».

A pesar de todo, Khydan esbozó un asomo de sonrisa.

«¿Desbrazado? Pasas demasiado tiempo con Swift, Osha. ¿Ahora te van las bromitas?».

«¡Te lo digo en serio! Acabas de atacar a dos personas».

Despacio, aquel asomo de sonrisa se desvaneció para dar paso a una furia fría y dura. Khydan miró a los desconocidos que nos rodeaban, con el ceño fruncido.

«Bueno, si querían vivir, habría sido mejor que no te tocaran, ¿no?».